

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mariana Rosas Giacomán

## “Imprecisiones sobre el diablo”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 83-85.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

una manera que no le hubiese parecido a Lennon.

El 22 de marzo de este año se celebró el 60 aniversario desde que los Beatles lanzaron su primer álbum, *Please please me*, con el que obtuvieron el reconocimiento mundial que poseen hasta el día de hoy. Yo celebré 11 años escuchándolos en mayo; los mismos años que llevaba viviendo cuando los descubrí. Al igual que García Márquez, considero que, desde que comenzaron a tocar juntos, han sucedido pocos fenómenos mundiales que se les puedan asemejar, porque, incluso al mirarlos sin los lentes del fanatismo y del amor desmedido, es innegable que mucho de lo que escuchamos hoy no pudiese haber existido sin ellos. La huella que ocho pies cruzando Abbey Road dejaron en el mundo está marcada sobre pavimento; es indeleble. Para mí, como para muchos otros, los Beatles son un hogar musical. Un hogar del que me he alejado ocasionalmente para conocer nuevos mundos. Con los años he guardado los pósters en un clóset, los vinilos en un librero, y mi repertorio musical posee ahora nombres y sonidos nuevos. Pero siempre vuelvo a ellos, porque en ellos encuentro los inicios de mi nostalgia, y con ella recuerdo mi motor creador. Y es que cuando escuché sus voces por primera vez, por fin supe de lo que se trataba todo esto. Por fin había encontrado mi lugar, a donde pertenecía. Yo no descubrí a los Beatles; los estaba esperando. **LPyH**

#### REFERENCIAS:

García Márquez, Gabriel. 1980. *Sí: la nostalgia sigue siendo igual que antes. El País*. 15 de diciembre.

**Montserrat Báez Jiménez** (Xalapa, 2000) es ensayista y licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV.

## Imprecisiones sobre el diablo

Mariana Rosas Giacomán

**E**staba compartiendo un rato de sombra con mi amigo Alan. Eran las cuatro o cinco de la tarde, un martes. ¿Qué has hecho, cómo estás?, nos preguntamos después de algunos días sin vernos. ¿De qué estás escribiendo? Del diablo, creo, contésté, y de inmediato me contó sobre el libro póstumo de Mark Twain, donde un diablo se le aparece a un par de niños para ofrecerles su amistad. El diablo en mi mente es eso, más o menos: un hombre elegante que habla con una amabilidad peligrosa. O el diablo de la lotería, dice mi amigo. Recor-

dé una infancia en la que Eli, mi nana, al cantar la lotería se refería al diablo como *El Rojote*.

–Pero lo curioso es que en los ranchos siempre hay un señor sombrerudo que te va a decir que se peleó con el diablo y que le ganó –dice Alan–. Yo me pregunto si el diablo no tiene cosas mejores que hacer, ¿no? No sé, planear la próxima dictadura latinoamericana, perfeccionar un nuevo cáncer, algo así. ¿Por qué estaría en absolutamente todos los cerros mexicanos peleando con viejos sombrerudos miados que no pueden ni pararse de lo alcoholizados que están?

Ambos nos reímos.

–Y lo peor, ¿por qué en esas peleas siempre gana el ruco?

–No sé, puede que sea su hobby. Así entrena, buscando vie-



Pedro Jesús Orea Reyes: *Composición III*



Pedro Jesús Orea Reyes: *Composición II y I*

jos borrachos para golpearlos. Se deja ganar para que ellos tengan algo que contar, ¿no? Y al mismo tiempo para que no les creamos.

Poco después de esa conversación fui a casa de mi novio; era San Valentín. Pedimos comida china; vimos el último capítulo de nuestra serie favorita. Nos pusimos la pijama para acurrucarnos unas horas y entonces sonó mi teléfono con un mensaje de mi madre. Ese día, 14 de febrero, es precisamente el aniversario luctuoso de mi abuela materna. Mi mamá, aún protegiéndose del duelo, me dijo en el desayuno que tendría el celular apagado. *Hola, empezaba su texto, supongo que no viste mis mensajes.* El susto fue inmediato, lo primero en lo que pensé fue en mi perro, Enzo, un pequeño tornado que aún hace travesuras de cachorro. Me preparé para recibir la noticia, que mi madre me dijera que se había ido corriendo tras un gato y lo seguían buscando por las calles de la delegación. Pero en vez de eso me mandó una imagen, un cartel colgado en la entrada del gimnasio en el que practica natación. *Cerrado por homicidio doloso.* Después, me envió la nota de un

periódico: "Hombre-muerto-en-gimnasio-del-sur-los-empleados-esconden-el-cuerpo".

No supe qué contestar. José pausó la televisión. ¿Todo bien?, preguntó y le enseñé el mensaje. Mi mamá aún escribía. *Parece que el cuerpo estuvo ahí toda la noche,* dijo en el último mensaje. Recordé algo que me había contado Alan unas horas antes. Su única experiencia parecía a ver el diablo, dijo, fue cuando trabajaba en ganadería, y una noche fue al matadero y escuchó vacas mugiendo a pesar de que todo a su alrededor era carne muerta. Como en *El silencio de los inocentes*, pensé, donde Clarice escucha a los corderos llorar. La imagen de ese matadero no me pareció tan distinta a la de las regaderas en aquel gimnasio. Oscuras, a medianoche, un pasillo de humedad y silencio. Un cuerpo desplomado sobre el mosaico.

Me recordé en ese deportivo algunos años atrás, cuando hacía otros ejercicios además del levantamiento de taza que los escritores se limitan a practicar. Me gustaba hacer *cardio* en la noche, bañarme y regresar a casa despreocupada, en chanclas y pants como quien ya

está lista para apagarse, olvidarse del mundo y dormir hasta que el despertador lo permita.

Una noche llegué tarde al gimnasio, era viernes y estaba casi vacío. Cuando me estaba bañando, las luces de todas las regaderas se apagaron. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a esta nueva y absoluta oscuridad. No había nadie más que yo, el sonido de la regadera que soltaba chorros de agua caliente por un minuto y después se apagaba. Hice lo que hacía de adolescente cuando tenía miedo, tararear. Acompañarme a mí misma con alguna canción cuya letra me hiciera olvidar el momento en el que estaba. ¿Qué le hubiera dicho al diablo de habérmelo encontrado?

En *El forastero misterioso*, Mark Twain relata la historia de un grupo de niños en la Edad Media que forman una amistad con un ser misterioso llamado Satán. No, no se trata del Satanás que conocemos sino de un ángel sobrino de este. El forastero tiene poderes mágicos: puede soplar fuego y hielo, crear pequeños humanos de barro y hacer aparecer monedas de oro en los bolsillos de las personas. Pero además de esto, tiene una filosofía particular sobre la raza humana y el porqué de su podredumbre. Satán argumenta ante los niños que el hombre es distinto a los animales porque cuenta con un sentido de la moral. Sin embargo, a diferencia de los animales, el hombre es cruel. Esta crueldad deriva, precisamente, de la noción del bien y del mal. Un ejemplo de ello ocurre en la novela: un borracho golpea a su mascota hasta lastimar gravemente su ojo. Después el hombre cae por un barranco. Satán cura al perro y habla con él, a lo que el perro le dice que ha estado ladrando para pedir ayuda y que alguien rescate a su dueño. ¿Por qué querría rescatarlo, si fue el hombre quien lo golpeó? El perro argumenta que

solo lo hizo porque estaba borracho. Y esa bondad, explica Satán, solo podría tenerla un animal sin el llamado sentido moral. Un testigo humano no hubiera abogado por el rescate del borracho, ya que tras la golpiza a su mascota lo consideraría malo. Cabe destacar que para Mark Twain, escribir *El forastero misterioso* significó un fuerte reto personal. ¿Era publicable una novela con una filosofía tan contundentemente negativa sobre la raza humana? Después de escribir varios borradores, Twain decidió no publicarla. Esta solo vio la luz hasta varios años después de la muerte de su autor.

Una tarde, mientras comíamos, mi amigo Emiliano me contó sobre un día en el que se sintió cerca del diablo. Fue en un museo de arte contemporáneo, durante una exposición sobre Dios. Al entrar a la instalación, se les pidió a los presentes que se quitaran los zapatos. A mi amigo lo recorrió una sensación de vulnerabilidad mientras, a lo lejos, unas pantallas lanzaban mensajes sobre confiar en Él, en Dios. Allí un infante –no supo distinguir si se trataba de una niña o un niño– se le acercó para pedirle algo de comer. Es que tengo hambre, repetía. Lo que más llamó la atención de mi amigo era que la madre del infante estaba ahí, en el museo, observando la escena en silencio, y luego más tarde, él observó cómo la madre movía los labios para hablar con su niño, su niña, sin emitir sonido alguno.

La relación madre e hijo con una implicación diabólica es explorada en la película *Sin señas particulares*, donde el diablo tiene una aparición en la frontera mexicana. Tras una larga lucha por buscar a su hijo, la madre protagonista encuentra a un hombre que estuvo en el mismo camión donde el hijo fue visto por última vez. El hombre no sabe nada sobre el muchacho, pero sabe que al amigo y

acompañante del chico “lo mató el diablo”. El espectador es entonces testigo de la imagen de un diablo frente a las brasas de un incendio. Lleva jeans y sudadera, pero unos cuernos brotan del rostro oscurecido por el humo y la noche. De entre sus piernas emerge una cola que se mueve como una serpiente que acecha a su presa.

Me pregunto cuál sería la representación más acertada de lo diabólico. El personaje de la lotería con sus cuernos y un tridente, el hombre de una inteligencia y elegancia sobrenatural. El llanto de una vaca, el silencio de una mujer. El matadero, el pasillo de oscuras regaderas. Hablar del diablo no es lo mismo que hablar de fantasmas, por ejemplo. De brujas, asesinos, bestias antropomórficas. En la jerarquía del mal, el diablo se sienta a la cabeza. Su mal no tiene un motivo –algún trastorno psíquico, venganza, bestialidad, instinto– sino que simplemente *es*. Funge como la contraparte del dios amoroso e incondicional. De nuevo pienso en la idea de Mark Twain: el mal como resultado del propio sentido moral.

Me pregunto si el diablo será una consecuencia de ello, de nuestra idea del bien y del mal. Una explicación para aquello que se sale de dicho parámetro. Si, de acuerdo al forastero de Twain, el mal es inherente al hombre, ¿será inherente al ser humano la necesidad de un antagonista ante la bondad absoluta? Duermo esa noche de San Valentín y sueño con un cuerpo frío sobre las baldosas de un baño. El agua de la regadera aún cayendo sobre sus pestañas. Al final del pasillo oscuro, un diablo evocado por una conversación de dos amigos bajo la sombra. **LPyH**

**Mariana Rosas Giacomán** (CDMX, 1998) es politóloga por la UIA y becaria de narrativa en la Fundación para las Letras Mexicanas (2022-2023).

## Un viaje hacia el eros: el retorno del amator

Scarlet Serrato

**M**e es preciso confesar que, al igual que el escritor Marco Tulio Aguilera Garramuño, considero mi personalidad extremista; en él reconozco mi inclinación por los límites, y lo antitético. En Aguilera Garramuño distingo el interés por el eros y el tánatos: vida y muerte; pero me atrevo a decir que su literatura está más en el polo de la vitalidad móvil y la mía en el de la desesperanza. Así que como lectora dolorosa y acorazada, el encuentro con una obra tan viva causó convulsiones en mí, pues el erotismo que el autor construye en la novela es divertido y optimista. Era natural que esta visión más humorística del eros me pareciera insoportable. Este conflicto/terremoto comenzó apenas como un espasmo. Y lo confieso, me agrietó por dentro y desde esa fisura me venció.

Tratar el tema del amor es en suma difícil, por esta razón me acerqué a *Mujeres amadas* con escepticismo. La premisa de la novela es la persecución del escritor Ventura hacia Irgla, una misteriosa mujer de supuesta castidad, con la que descubre una forma más espiritual de vivir el erotismo mientras realiza un viaje de autoconocimiento.

Sufrí la lectura en cuerpo y alma, otra errada construcción de un personaje femenino a manos de su autor; pero después de todo, Heidegger afirma que las cosas se revelan a la conciencia solamente por medio de la angustia que causan. Es así que entendí el hilo conductor.

El amor y el erotismo en *Mujeres amadas* van de la mano con la finalidad de volverse espiritua-